

# El cordón de la vereda

por

JUAN M. J. MARTÍNEZ PRIETO

La tarde se estira en su agonía de luz. La incomprensible dilatación de las sombras se quiebra en el ángulo aparente y sigue su camino de distancia perdiéndose entre los adoquines de la calle.

La naturaleza dominada en un cincel se agolpa y apelmaza en el cuadriculado de adoquín. Todo es armonía, todo es vibración concorde, todo se pierde en la tarde, que ya, de tanto estirarse, se está por fragmentar en una noche de estrellas.

Camino sin apuro revolviendo en un torbellino de pasos las hojas muertas de este invierno grave. Todo es silencio a mi lado, salvo el suave sisear del viento entre las ramas desnudas de verde.

De cuando en cuando, unas matitas de pasto emergiendo de entre los adoquines, atraen la atención de mi desvarío de sombras. Todo es silencio a mi lado.

De pronto, interrumpo mi marcha, pues obreros de la tarde han dejado a la noche la custodia de sus destrozos de mosaicos. Supongo que bajaré a la calle y salvaré el obstáculo. Pero se me ocurre algo mejor. Iré por el cordón de la vereda.

En sayando veleidades circenses, me lanzo a la conquista de mi ideal pétreo. Tres o cuatro pasos, pierdo el pie, resbalo, caigo...

El bloque de granito crece a mis ojos, le veo, insalvable, ciclópeo, colosal. Me habla de estrecheces, de golpes dolorosos, de compresiones sin sentido.

Aturdido le oigo, le sigo, le atiendo, abrumado por su señoría cristalino, cegado por las mil y una luz que la luna le arranca de sus caireles de mica y cuarzo.

Me cuenta grandezas pasadas, seraparaciones ingratas, viajes largos, estadías tediosas y aburridamente largas. Me habla

de guinches amigos, de sierras mortales, ardientes, cortantes, profundas.

Lo sigo en su desgracia, en su derrotero amargo. En el llorar de muchos hermanos. En la muerte sin descanso, en el perderse mitad en tierra, mitad en el aire, en el ambiente loco y juguetero.

Lo vislumbro en sus recorridos sin fin, en sus interminables cuadrados viciosos y romos, sin puntas, redondeados a fuerza de espacio, de voluntad, de martillo y cincel.

Le he descubierto amistades ocultas, rojas de vergüenza por guardar tantos secretos y negras de polvo por tener los pies tan bajos.

Le une a sus iguales en la locura de surgir, les tiende una mano de arena, débil, enfermiza, que el agua de vereda se encarga de desasir en su incorregible afán de curvas suaves; y de vez en cuando algún amigo circunstancial le trae noticias húmedas de los anteriores inalcanzables, de aquel recinto concéntrico y condiaagonal que se encuentra inmiscuido en sus dominios. Y hasta el río lo conoce por medio del agua llovida, que lo acaricia antes de sumirse en las profundidades tenebrosas de alguna boca de tormenta, melancólicamente cuadrículada.

Sabe de botánica, a través de la tierra bienechora cuando alguna raíz, ebria de grandeza, choca y se deshace contra su magnitud de tiempo, de espacio comprimido, de naturaleza férrea, soberbia, magistral.

Soporta su encadenamiento recto, en agradable charla con las baldosas coquetas, con los adoquines serios, con el asfalto voluble.

Se hace gigante la piedra entre dos dominios. Fantástica muralla entre el músculo y el engranaje, entre el zapato y el neumático, entre el rodar y el caminar.

Y el bloque de granito crece, y crece sin sentido, se agranda ante mis ojos, me abrumba, me ahoga, me fascina.

—Oiga don, ¿se ha lastimado? —Es mi primer contacto con el mundo de los sentidos.

—No, ha sido un golpe sordo, gracias —es mi respuesta al solícito samaritano.

Me levanto, y empiezo a caminar. Miro hacia atrás y veo el cordón de hace un momento, las baldosas destrozadas y las sombras quebrándose en el ángulo aparente y perdiéndose en una tarde de luz fragmentada ya en mil estrellas titilantes.